

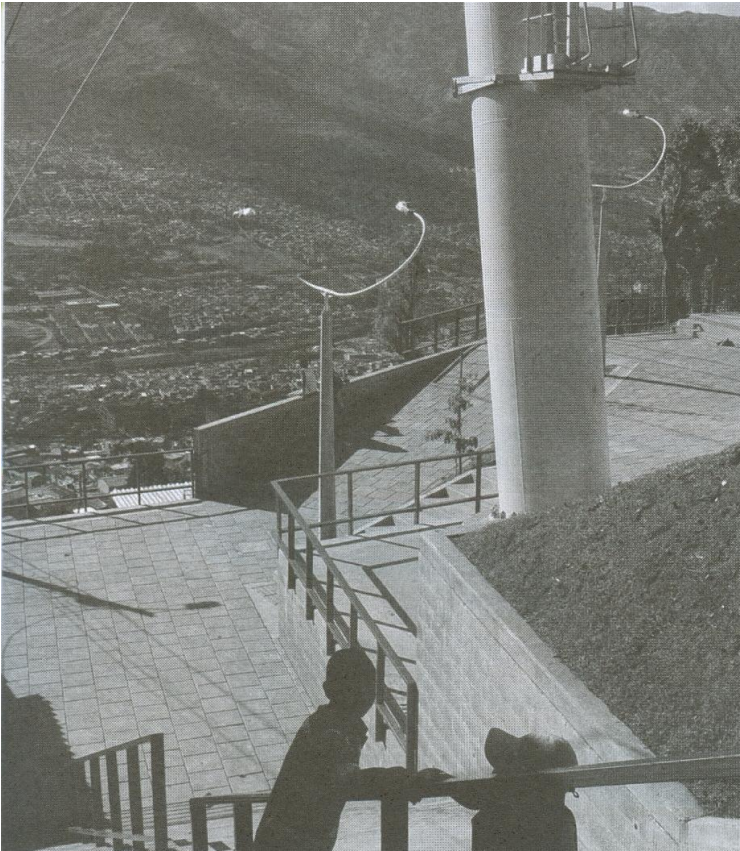


Cambio y permanencia en las transformaciones urbanas

Luis Fernando González Escobar

No hay nada qué hacer. Estamos en la sociedad del homo zapping. Pasamos con rapidez de un momento a otro. La velocidad de los cambios no permite digerir en cada instante lo sucedido. La memoria está comprometida. El cambio y la moda, en su instantaneidad, son los valores dominantes. El zapping, aquel atributo propio del

televidente donde un receptor pasivo —para otros activo, en la medida en que puede cambiar a su gusto— salta de canal en canal de manera constante, pasó de ser un dominio y una acción muy particular a una general. Por eso podemos hablar del homo zapping y de la ciudad zapping. Dos maneras de abordar lo urbano, aun en el caso de Medellín. Una muy



particular desde la experiencia del habitante urbano y la otra desde la misma configuración de la ciudad con sus distintas dinámicas.

No hay una ciudad única. Para el habitante urbano no existe la posibilidad de aprehenderla en su totalidad. Cada uno tiene fragmentos de ella. Porciones de territorio que habita, apropia y usa. Muchos se anclan en ese territorio, el cual dominan, territorializan y memorizan. Pero cada vez se hace mucho más difícil permanecer en ese espacio y territorios únicos. Ahora es necesario salir de uno para entrar en otro si se quiere comprender más porciones de la ciudad. Sólo aquellos que hacen uso del zapping urbano pueden tratar de

entender lo variado, dinámico y complejo que es el fenómeno urbano.

Eso mismo que es virtud a la vez es condena. Si alguien quisiera mantenerse en el entorno construido, del cual ha hecho apropiación y memoria, conservando su escala y ritmos, no podría. Resistiría poco tiempo ante los embates de las dinámicas urbanas implantadas en la ciudad. Éstas constriñen, obligan, sacan, violentan y desmemorian. El cambio y la metamorfosis son hoy atributos mayores de la ciudad. Se conjugan principios de rotación,

densidad y altura. Una y otra vez se suceden la piqueta y la demolición en el mismo lote, cuadra o manzana. Las distintas formas arquitectónicas coexisten en fragmentos, pequeñas porciones de tiempo, o son barridas para dar lugar a unas nuevas cada vez más efímeras. Así, lo que fuera casa es pronto edificio. La mirada horizontal es ahora vertical, razón adicional para la pérdida del horizonte. Aquello que fuera espacioso se constriñe, unos pocos espacios se multiplican en decenas. De pronto un lugar ya no está en el espacio urbano. La pausa da lugar al tráfigo, entonces aquello que fuera un punto de referencia es ahora el nuevo sitio del anonimato. Se cambian casas, calles, fachadas, entornos o lugares con la velocidad

que reclaman el capital, la demanda del mercado o la moda.

A la ciudad del zapping se le suma la ciudad del shopping. La ciudad del cambio y la densidad, sumada a la ciudad del consumo y el simulacro del espacio público. Ambas hijas de la sociedad capitalista ponen de moda lo efímero, virtual y consumista. En los centros comerciales los espacios de encuentro —zonas de comida, cines, juegos infantiles— generan otros rituales y otras maneras de socializar, todos mediados por el dinero. Mesas, maquinitas y juegos concentrados en unos pocos metros por aquello de la rentabilidad de cada centímetro cuadrado, le generan la sensación de vida feliz al consumidor. El adentro es esa gran Caverna de Saramago, un hervidero de seres que se agolpan para devorar insaciablemente cada minuto del tiempo con prisa y sin pausa, en medio del ruido ensordecedor. El afuera no importa, la ciudad no existe. De ella se distancia, no se articula. A la gran bodega del consumo no le importa cómo se implanta. Contenedores industriales rodeados de parqueaderos, donde las vías se disponen en su beneficio, a riesgo del atasco de la ciudad. No hay arquitectura ni urbanismo. Ramplonería y simpleza, funcionalidad a ultranza, contenedores sin contenido.

Paralela a la ciudad del zapping y el shopping, que construyen ciertos sectores económicos, surge otra ciudad. No la de la rentabilidad

económica, sino la de la rentabilidad social. Aquella que no piensa sólo en la renta inmediata, sino en una proyección con más futuro. La del encuentro, la socialización y la cultura, de la inserción, la integración y la articulación urbanas. Al zapping mercantil se opone la permanencia desde el símbolo arquitectónico, el sentido y la construcción silenciosa de generaciones futuras. Al shopping y al simulacro se oponen los estantes de bibliotecas, los lugares de socialización, los espacios de ocio creativo y contemplativo; al ruido concentrado, el silencio o la risa respetuosa; al clima simulado, el viento; al neón, el sol. De esta manera los cinco parques bibliotecas —San Javier, La Quintana, Santo Domingo, La Ladera y Belén— se van constituyendo en nuevos escenarios urbanos donde se pretende construir otra ciudad, alejada del shopping y, en parte, del zapping. Ciudad restituidora o constructora de nuevos tejidos urbanos y sociales. Un esfuerzo enorme de esta “otra” ciudad que, mirada en términos cuantitativos, es minúsculo frente a la otra ciudad que ha sido y sigue dominante.

En entornos precarios se implantan arquitecturas que pretenden, en su imagen externa, ser sólidas y perennes. Rogelio Salmona dice sabiamente que la buena arquitectura perdura en el tiempo, mientras que la mala arquitectura simplemente desaparece. Los materiales forman parte de la buena y de la mala arquitectura, de la que

envejece y ennoblece o de la que se corroe y rompe con facilidad. La piedra, el ladrillo y aun el cemento eran y son un ejercicio de tiempo. Ahora, nuevos materiales son usados para aligerar procesos y rendimientos constructivos, creando otro sentido del tiempo, compatible con los tiempos; arquitectura fast food; esto es, arquitectura efímera, de consumo, “ensanduchamientos” materiales que dan apariencia a pretenciosas formas externas. ¿Cuáles de estas formas externas se corresponden en su materialidad?

A esta arquitectura que ahora inunda con su lenguaje posmoderno el espacio urbano se le llama de contenedores y pieles; pero, ¿en cuáles de estas formas externas se corresponden la densidad de la materia, los espacios que encierra, el medio circundante y aun el paisaje lejano? ¿Hasta dónde son ejercicios de modestia infinita, de respeto por la ciudad o, por el contrario, son ejemplo de megalomanía, egolatría y vanidad de arquitectos?

En la ciudad del zapping, el shopping y el fast food, lo pretencioso y efímero domina sobre lo perenne, la memoria y el tiempo. Muchos arquitectos pretenden ser más importantes que su propia arquitectura. Ser parte del star system de la arquitectura en las ciudades globales es su sueño. Algunos de ellos tratan de emular las estrellas globales —Nouvel, Hadid, Ito, Foster, Calatrava o Gery—, sin importarles el medio, la realidad geográfica, el

espacio, el tiempo, es decir, la historia y la memoria. Hay que preguntarse cuáles de esas arquitecturas construidas en proyectos de urbanismo social ennoblecerán y cuáles desaparecerán. En algunas de ellas hay mucho de vanidad y poco de ejercicio de modestia que es el principio de la buena arquitectura.

Mientras, la ciudad cambia, se renueva o muta. Por fortuna, y en medio del movimiento incesante de una ciudad que siempre es nueva, ciertas arquitecturas ennoblecidas son el punto de referencia que señalan los tiempos vividos. Antiguas o más recientes, se perpetúan para señalar que siempre habrá una arquitectura — como música de fondo— que marque el derrotero de lo perenne sobre lo efímero.

*Luis Fernando González. Profesor Asociado y Coordinador Académico Maestría en Hábitat, Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.